

Dossiê

El impacto de la Revolución Sandinista en la Guerra Fría Interamericana

DOI: <https://doi.org/10.14244/agenda.2024.1.4>

 Gerardo Sánchez Nateras

Profesor Investigador Titular en la División de Estudios Internacionales del Centro de Investigación y Docencia Económicas (CIDE). Doctor en Historia por El Colegio de México.

E-mail: gerardo.sanchez@cide.edu

Orcid: <https://orcid.org/0000-0002-7115-4096>

84

 Mateo Jarquín

Profesor de la Universidad de Chapman (EE.UU.). Doctor en Historia por la Universidad de Harvard.

E-mail: jarquin@chapman.edu

Orcid: <https://orcid.org/0000-0002-4724-4403>

RESUMEN: A pesar de que el impacto de la Guerra Fría en América Central ha sido ampliamente estudiado, menos atención ha recibido la influencia que tuvo América Central en el sistema internacional durante los años ochenta. A partir de una revisión de la historia diplomática y de relaciones internacionales, este artículo se enfocará en el impacto de la revolución Sandinista en la Guerra Fría y el sistema interamericano ofreciendo una revisión crítica de la historiografía reciente y los estudios de la Guerra Fría. El objetivo de este artículo es proponer una nueva lectura sobre el impacto de la revolución Sandinista en diferentes niveles analíticos y geográficos. Al situar a la revolución como eje y nexo de cruciales procesos de transformación política y social durante los años ochenta, buscamos destacar la importancia del estudio de actores supuestamente menores durante la Guerra Fría y exponer su influencia desproporcionada en el sistema internacional.

PALABRAS CLAVE: Revolución Sandinista; Nicaragua; Guerra Fría interamericana.

Recebido em: 03/12/2024

Aprovado em: 07/05/2025



Este é um artigo publicado em acesso aberto (Open Access) sob a licença *Creative Commons Attribution*, que permite uso, distribuição e reprodução em qualquer meio, sem restrições desde que o trabalho original seja corretamente citado.

1 Introducción

El impacto de la Guerra Fría en América Central ha sido ampliamente estudiado. Según algunos cálculos, entre 1975 y 1991 murieron alrededor de 300,000 personas y fueron desplazadas al menos un millón, de una población de 30 millones, a causa de una serie de conflictos armados, conectados entre ellos y avivados por las tensiones ideológicas y geopolíticas de la época (Coatsworth, 2010). Pieza clave en la crisis centroamericana fue el derrocamiento en 1979 de la dictadura de la familia Somoza en Nicaragua y la posterior consolidación de un gobierno revolucionario con inclinaciones socialistas y respaldo cubano-soviético. Los conflictos al interior de Nicaragua, así como los vaivenes del gobierno del Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN), fueron profundamente marcados por la Guerra Fría, entendida no sólo como un conflicto entre las grandes potencias sino también una lucha ideológica entre dos visiones rivales de modernización y desarrollo para el Tercer Mundo (Westad, 2005; Pettina 2018).

Si bien resulta evidente el impacto de la Guerra Fría en Nicaragua y América Central, quedan interrogantes sobre el otro lado: las consecuencias que tuvo la crisis centroamericana para las relaciones internacionales de los años 70 y 80. Este ensayo repasa la historia de la Revolución Sandinista desde una perspectiva mundial e interamericana, con el propósito de explicar cómo y por qué el triunfo sandinista, así como la subsiguiente guerra entre el gobierno sandinista y la “Contra”, reverberó más allá de las fronteras de Nicaragua. Como parte del recuento y el análisis hacemos referencia a una nueva historiografía sobre el sandinismo que va más allá de una visión nacional sobre la Revolución pero que tampoco se centra exclusivamente en la política exterior de Estados Unidos. Una interpretación verdaderamente transnacional de la Revolución Sandinista nos permite matizar y aportar a las narrativas más recientes de la Guerra Fría en América Latina (Pettina, 2018; Pettina; Field; Krepp, 2022; Booth, 2021).

Uno de los principales hallazgos de esta nueva historiografía está relacionado con la relativa importancia que tuvieron las revueltas nicaragüenses para los intereses reales de los diferentes actores en el plano internacional. El poder político en Nicaragua, país pequeño y subdesarrollado, por las particularidades de la Guerra Fría, llegó a ser tema importante para los mandatarios de las grandes potencias. Moscú y Washington desempeñaron papeles clave apoyando a los beligerantes de la guerra posrevolucionaria en Nicaragua. Pero sus intervenciones obedecían más a factores simbólicos e incluso ideológicos que a intereses económicos o de seguridad nacional. Otros actores – entre ellos los países de Europa occidental, oriental y del Medio Oriente – también decidieron que les era importante intervenir en la crisis centroamericana, aunque lo que tenían en juego era relativamente poco. En cambio, los países de Centroamérica y el Caribe sí podían decir que su crecimiento económico, estabilidad política, e integridad territorial dependían en parte de la evolución del proceso revolucionario en Nicaragua y la guerra internacionalizada entre el sandinismo y la Contra. El ascenso y la caída de la Revolución también se sintió en Sudamérica, región que durante esos años experimentó

profundos cambios políticos estrechamente vinculados, como demostraremos, a la suerte del proyecto sandinista.

¿Cómo, entonces, se puede caracterizar el “impacto” de la Revolución Sandinista en la Guerra Fría interamericana? Proponemos cuatro argumentos. Primero, la llegada al poder de la izquierda armada en 79 intensificó y también reconfiguró el conflicto transnacional entre la izquierda socialista y de la derecha anticomunista. La caída de Somoza le dio un nuevo aliento a la idea de la revolución armada como posible instrumento de transformación social y desarrollo. El triunfo sandinista también provocó una feroz reacción, la cual centró el foco de la Guerra Fría interamericana en Centroamérica (Nicaragua en particular), donde la violencia política tomó una forma distinta – la de conflictos armados abiertos – y alcanzó niveles más dramáticos en términos relativos.

En segundo lugar, la Revolución supuso una “ruptura” (Pérez; Brignoli, 1985) de la región con respecto a la hegemonía estadounidense. Esto se puede observar en la gran coalición latinoamericana que se movilizó para apoyar la causa sandinista, de esa manera produciendo un resultado revolucionario en 1979 opuesto a la salida que había buscado la administración estadounidense. También se ve la ruptura en la contraofensiva diplomática que montaron varios países latinoamericanos, agrupados en el Proceso de Contadora, a la intervención de la subsiguiente administración Reagan en Centroamérica. Incluso la caída de la Revolución, determinada en parte por la guerra apoyada desde Washington, se dio vía elecciones en 1990 celebradas en cumplimiento con un acuerdo multilateral latinoamericano – los Acuerdos de Paz Centroamericanos de Esquipulas – y excluyente de Estados Unidos. El éxito que tuvieron estas iniciativas en el sentido de servir como contrapeso con respecto al unilateralismo norteamericano sirvieron como inspiración para los procesos regionalistas y multilaterales que terminarían definiendo la política interamericana de los 90 y 2000 (Sánchez, 2022; Jarquín, 2024). Pero los fracasos de las iniciativas multilaterales catalizadas por la Revolución Sandinista también muestran los límites de esos actores, cosa que a su vez ayuda a explicar el estancamiento de la integración latinoamericana en la época pos-Guerra Fría.

Tercero, la revolución sandinista también tuvo un impacto de carácter más indirecto en Europa, con el despliegue de una política activa de distensión fuera de su tradicional espacio geográfico. Este proceso, que Van Ommen ha considerado como un cuestionamiento a la Doctrina Monroe, fue una muestra más de las transformaciones del orden internacional a finales de los años setenta al igual que el aumento del activismo internacional de América Latina (Ommen, 2021). En conjunto estos procesos fueron evidencia del declive relativo del poderío norteamericano, en el que la revolución Sandinista representó un punto clave de inflexión.

Finalmente, la Revolución Sandinista fue un hito clave en las dos grandes transformaciones regionales del fin de siglo: la generalización de la democracia electoral como sistema político y de políticas “neoliberales” en el ámbito económico. El fracaso del modelo de desarrollo de la Revolución Sandinista, de cierta inspiración socialista, supuso el fin de un ideal revolucionario como posible camino hacia la modernidad. Y al incorporar paulatinamente los procesos y principios liberales en su economía política, la dirigencia sandinista también terminó restando legitimidad a la lucha armada

como herramienta política y por lo tanto ayudó a consolidar las transiciones liberales. Estas transiciones traslapan de manera notable con la vida de la Revolución: entre la victoria armada en 1979 y la entrega pacífica del poder tras perder elecciones en 1990, la mayoría de los países que rodeaban a Nicaragua habían sustituido regímenes autoritarios con gobiernos democráticos o semidemocráticos. Una transición dentro de esa transición fue la de la izquierda regional, donde muchas de sus agrupaciones pasaron de ser organizaciones revolucionarias armadas a vehículos electorales; el sandinismo resaltó porque, a diferencia de sus homólogos, corrió este camino mientras ejercían control del Estado. Todo eso supuso un cambio de paradigma con respecto a la influencia de la Revolución Cubana en América Latina (Rojas, 2021, p. 244).

Para exponer los argumentos, empezamos con un recuento de los antecedentes diplomáticos de la caída de Somoza. Después enumeramos los efectos internacionales de la consolidación del gobierno sandinista y de la guerra entre el gobierno y las fuerzas contrarrevolucionarias apoyadas por Estados Unidos y sus aliados en América Central. Finalmente, ubicamos la caída de la Revolución Sandinista en perspectiva interamericana. Cabe señalar que este ensayo historiográfico se enfoca principalmente en la historia de la diplomacia y las relaciones internacionales; sin embargo, reconocemos el gran impacto que la revolución tuvo en el mundo del arte y la cultura, la salud pública, la religión y las relaciones de género (Foroohar, 1989; Chávez, 2000; Buchsbaum, 2003; Cortina, 2020; Lee, 2021). Aunque estos ámbitos quedan fuera de los marcos de este trabajo, también forman parte significativa del impacto global de la revolución.

87

2 Orígenes latinoamericanos del triunfo Sandinista

La insurrección que derrocó al dictador Anastasio Somoza en 1979 fue fundamentalmente una revuelta de carácter transnacional. Aunque la crisis del régimen somocista obedeció, en primer lugar, a factores locales, no sería una exageración señalar que sin la unión de éstos con procesos de transformación del escenario internacional no hubiera sido posible el éxito de la revolución Sandinista. En particular hay que destacar la importancia de una alianza de líderes latinoamericanos Reformistas Radicales dispuestos a cuestionar a Washington y promover causas revolucionarias moderadas. Como resultado, la revolución en Nicaragua fue, desde su inicio, un proceso con profundas raíces y repercusiones regionales.

Varios trabajos han mostrado a partir de casos locales y sectoriales cómo Nicaragua, a finales de los años setenta, presentaba elementos propicios para un estallido revolucionario (Foroohar, 1989; Enriquez, 1991; Bataillon, 2008; Berth, 2021; Lee, 2021). Estas investigaciones han tomado como ejes explicativos cambios en varios sectores de la sociedad como las iglesias liberacionistas, el desafecto de los sectores populares, la ruptura de las clases medias y empresariales con la dinastía de los Somoza, y las vulnerabilidades militares y organizativas del régimen vinculadas a sus características personalistas y sultanistas. Sin embargo, es importante considerar que muchas de las transformaciones sociales que

tuvieron lugar en Nicaragua también sucedieron en otras partes de América Central y América Latina en general. No eran pocos los países donde existía la combinación explosiva de represión estatal, guerrillas marxistas, y precarización de grandes grupos periurbanos.

La diferencia clave entre los sucesos en Nicaragua y en otros países parece ser la forma en la que estos procesos de cambio social sucedieron en el contexto de importantes transformaciones en el sistema internacional. Entre ellos destaca la relativa pérdida de poder de los Estados Unidos en el escenario internacional (y latinoamericano) derivado de factores políticos y económicos como la derrota en Vietnam, y los precios globales de petróleo (Sargent, 2015; Basosi, 2019). Por otro lado, estos procesos llevaron también a un fortalecimiento relativo de algunos países en América Latina como Venezuela y México, que serían claves para la victoria revolucionaria (Sánchez, 2022; Jarquín, 2024). Sin embargo, la victoria nicaragüense no puede ser entendida sin una serie de factores contingentes que van más allá de las simples explicaciones estructurales economicistas. Estos factores fueron condicionados por el desarrollo histórico de la oposición en Nicaragua.

El malestar local en Nicaragua y la transformación del ámbito internacional tuvieron como puente de contacto el FSLN que logró articular una estrategia revolucionaria que potenció la crisis política local a través del apoyo internacional. A su vez, el Frente Sandinista logró aumentar su estatus frente a diversos actores internacionales a través de su capacidad de controlar y encauzar el malestar popular dentro de Nicaragua a partir de ataques armados de alto impacto social y mediático, así como su voluntad de moderar su discurso revolucionario y de formar alianzas con amplios sectores de la política nicaragüense, incluyendo a lo que consideraban elementos “patriotas” de la burguesía y élite tradicional (Rojas, 2021, p. 231; Sánchez, 2022, p. 111).

Desde el exterior, un bloque pro-Sandinista conformado por Venezuela, Panamá, Costa Rica y México buscó desde 1978, y en el caso del primer país desde 1977, jugar un papel indispensable en la derrota armada de los Somoza. En términos concretos, estos países facilitaron recursos, el tráfico de armas a la guerrilla nicaragüense y lanzaron iniciativas diplomáticas para aislar al régimen de Somoza e impedir cualquier intento norteamericano para rescatarlo. Estos países mantenían dos ideas fundamentales que animaban su política: 1) que la revolución en América Central era inevitable, y 2) que era crucial encauzar estas revoluciones hacia procesos reformistas no “cubanizados”. Los líderes de estos países promovieron el Reformismo Radical, inspirados en cierta medida por los procesos revolucionarios de los años cincuenta en el Circuncaribe en los cuales muchos de ellos participaron (Wells, 2023, p. 323; Estrada, 2023, p. 9). El ex-presidente costarricense José Figueres, vale recalcar, fue de los primeros en apoyar a los terceristas con armamentos.

Si bien las prácticas políticas que estos países llevaron a cabo no fueron enteramente novedosas, lo que sí fue novedoso y fundamental, fue la nueva posición que estos países tenían en un sistema internacional en profunda transformación. El colapso del sistema Bretton Woods, la relativa pérdida de poder norteamericano y la crisis de los energéticos permitió que estos países desplegaran una política exterior más robusta e intervencionista. Para el caso de Venezuela y México, el precio internacional del petróleo permitió financiar sus ambiciosos esquemas internacionales y convencer a otros países de sus

proyectos (Sánchez, 2022, p. 111). El caudillo panameño Omar Torrijos vio en las revoluciones centroamericanas una extensión de su lucha por ganar control del canal interoceánico de su país, cosa a la cual el gobierno de los Somoza se había opuesto (Brown, 2024, p. 201). En Costa Rica, la administración de Rodrigo Carazo decidió que la permanencia de Somoza en el poder implicaría la amenaza constante de inestabilidad política en su frontera norte o incluso violaciones de la misma (Sánchez, 2022, p. 157). El auge de las relaciones sur-sur permitió que estos países se aglutinaran y tuvieran mayor injerencia regional. A pesar de tener intereses diferenciados en Nicaragua, todos vieron en su crisis política una oportunidad para promover el pluralismo político frente al anticomunismo de las dictaduras del Cono Sur y contrarrestar la hegemonía estadounidense en la cuenca del Caribe.

La creación del bloque reformista radical latinoamericano, coincidió con la nueva estrategia armada Sandinista y llevó a una alianza táctica entre ambos. Esta alianza sería crucial para lograr la caída de la dictadura y el establecimiento del gobierno revolucionario (Sánchez, 2022, p. 385). Sin embargo, esta alianza estaría plagada de desconfianza, conflictos, intereses contrapuestos y hostilidad, ya que los objetivos de ambos grupos eran distintos. A muy grandes rasgos, y dejando de lado la pluralidad de posiciones, para los países latinoamericanos el objetivo de la revolución debía ser el establecimiento de un gobierno reformista de corte social; para los revolucionarios, el objetivo de la revolución debía ser la transformación radical del orden económico y social, y la erradicación del imperialismo (Jarquín, 2024, p. 79). En gran medida la década revolucionaria puede ser entendida a partir de la tensión y los intentos de conciliación entre el reformismo radical y la revolución socialista.

89

Como parte de este proceso, la insurrección en Nicaragua y el gobierno revolucionario también impulsaron la rehabilitación parcial del gobierno cubano en el sistema interamericano. Este proceso fue impulsado por los esfuerzos diplomáticos del gobierno cubano por mantener posiciones moderadas durante la crisis y por el esfuerzo de los gobiernos reformistas (en particular Venezuela, Panamá y México) por reintegrar a Cuba como un actor más del sistema regional en un intento por evitar que el Circuncaribe se convirtiera, nuevamente, en un campo de batalla de la Guerra Fría (Sánchez, 2024). Cuba apoyó la insurrección una vez que fue claro que el FSLN estaba dispuesto a consolidar sus estructuras guerrilleras en una sola organización político-militar. Al mismo tiempo impulsó la moderación del FSLN instándole a concertar con otras fuerzas políticas e implementar de un gobierno pragmático plural y de economía mixta, esto, también, como una forma de evitar repetir los errores cometidos tras la Revolución Cubana.

El último elemento a considerar es el papel de los Estados Unidos durante la administración de Jimmy Carter, que pretende establecer una política exterior consecuente con los importantes cambios internacionales señalados anteriormente (pluralidad de actores internacionales, crisis energética, distensión, fin de Bretton Woods), esto lleva a Washington a buscar una política hacia América Latina que dejara atrás los excesos intervencionistas de Nixon y Johnson para abocarse a la promoción de la democracia y los derechos humanos (Pastor, 2002, p. 41). Este hecho tendría dos consecuencias importantes, estrechó las relaciones entre la administración Carter y algunos gobiernos como los de Venezuela, Panamá y Costa Rica, y distanció a Washington de las dictaduras anticomunistas como la

de Somoza en Nicaragua. Y, en segundo lugar, dificultó la aplicación de políticas unilaterales en América Latina. Durante la crisis en Nicaragua, los Estados Unidos serían rebasados por la velocidad de los acontecimientos locales y las conspiraciones de los países latinoamericanos. El triunfo sandinista representó una tremenda ruptura con Washington y una derrota del unilateralismo EEUU con pocos precedentes en la época. Tras la victoria Sandinista, la nueva política de Carter iniciaría un proceso inusitado de distensión con el gobierno revolucionario en un intento por no repetir los mismos errores que llevaron a una confrontación con la Revolución Cubana veinte años antes. El gobierno norteamericano incluso llegaría a suministrar ayuda económica para la reconstrucción de Nicaragua (Pastor, 2002, p. 157; LeoGrande, 1998, p. 16).

En medio de las profundas transformaciones internacionales de los años setenta, la conjunción de la crisis política de la dictadura, las nuevas estrategias revolucionarias, los aliados internacionales independientes, y una política más liberal en los Estados Unidos hizo posible el inicio de un proceso revolucionario en Nicaragua (Sánchez, 2022). A medida que prometía un programa moderado de “pluralismo político, economía mixta, y no-alineamiento en asuntos internacionales,” la orientación del nuevo gobierno reflejaba la influencia de los gobiernos latinoamericanos que apoyaron al sandinismo durante la insurrección. Estos procesos mostraban claramente que la Guerra Fría había cambiado abriendo la posibilidad para nuevas configuraciones políticas: una distensión latinoamericana, como quedó en evidencia por el voto de la OEA en junio de 1979 organizado por varios países latinoamericanos en particular México y los países del Pacto Andino, para oponerse al intento por parte de los Estados Unidos de organizar una intervención armada en Nicaragua (Sánchez, 2022, p. 356). Este voto incluso fue apoyado por algunos países anticomunistas. A esto se le suma la creciente normalización de las relaciones diplomáticas con Cuba y, finalmente, la victoria revolucionaria en Nicaragua.

A pesar de las oportunidades planteadas por la revolución, ésta también había puesto en marcha tensiones políticas y sociales difíciles de solucionar. La victoria Sandinista había sido total tras el colapso de los planes de transición dando un margen amplio a la Dirección Nacional del FSLN para implementar su agenda y hacer a un lado a sus aliados anti-somocistas en la empresa privada y partidos políticos tradicionales. Al mismo tiempo, los gobiernos de Guatemala, Honduras y El Salvador, estaban convencidos del peligro planteado por una revolución marxista para sus propios regímenes y habían comenzado a tomar medidas al respecto. En última instancia es importante señalar que la victoria Sandinista fue un proceso profundamente latinoamericano que se dio en torno a las relaciones interamericanas y las tensiones sociales en el Circuncaribe y no en el marco de la confrontación Estados Unidos-Unión Soviética. Sus principales repercusiones, como se verá en la siguiente sección fueron de carácter regional.

3 Consolidación del Gobierno Sandinista y su impacto internacional

A pesar de los planes diseñados meticulosamente con gran participación latinoamericana, el Frente Sandinista inicia, desde 1979, un proceso de hegemonización del poder gracias al colapso del proceso de transición. El nuevo gobierno se consolida a partir de un grupo de poder no democrático la Dirección Nacional del FSLN, que comienza a articularse como un poder en las sombras, manteniendo a la Junta de Gobierno de Reconstrucción Nacional de carácter plural como la cara visible del gobierno (Jarquín, 2024, p. 84-85). Militantes del Frente Sandinista quedarían a cargo de los aparatos de interior policía, inteligencia y defensa, constituyéndose como el poder de facto en el país. La toma real del poder por parte del Frente Sandinista llevó al colapso de los acuerdos políticos que habían permitido la victoria en contra de la dictadura, así como la desilusión de algunos de los líderes latinoamericanos que participaron en la caída de los Somoza.

Muestra de la creciente tensión entre la alianza gobernante fue el desmoronamiento en 1980 de la Junta de Reconstrucción Nacional reconocida por la comunidad internacional el año anterior; tras la renuncia de Violeta Chamorro y Alfonso Robelo, el ejecutivo quedó dominado por el Frente Sandinista. Los choques con la Iglesia Católica, cuya jerarquía le había dado el visto bueno a la insurrección, se tornaron más frecuentes. En las zonas rurales del centro y norte del país, y en zonas del atlántico nicaragüense la implementación de las reformas revolucionarias propició conflictos sociales con profundas consecuencias. Todos estos procesos anticiparon una tensa consolidación revolucionaria que por las dinámicas del proceso insurreccional y la Guerra Fría repercutieron directamente en el ámbito internacional. De esta forma la revolución Sandinista fue vista como un campo contencioso de la política internacional, un espacio donde la izquierda europea y americana depositaría sus esperanzas, pero también un país que suscita sospechas y preocupación entre sus detractores internacionales.

El intento de normalización diplomática que impulsó Cuba y los países reformistas durante los años setenta sería erosionado poco a poco por la consolidación del gobierno revolucionario y por la desestabilización política en América Central. La política exterior cubana, al igual que la del gobierno Sandinista, estuvo marcada por la tensión entre posiciones reformistas y revolucionarias, las cuales fueron reforzadas por la victoria y consolidación del FSLN en el poder (Domínguez, 1989, p. 2019). Para el gobierno cubano los siguientes años estarían marcados por una política exterior contradictoria pero coherente con los intereses cubanos, que buscó al mismo tiempo la distensión y la promoción de la revolución. La victoria revolucionaria en Nicaragua llevó a Cuba a aumentar de forma considerable su ayuda a los movimientos armados en América Central en un intento por aprovechar la coyuntura internacional. En secreto, Cuba serviría como eje articulador de los renovados esfuerzos armados en Guatemala y El Salvador, como refugio, centro logístico y como puerta de acceso al bloque soviético (Oñate, 2011). En público y en privado, Cuba instó al gobierno de Nicaragua a mantener la pluralidad política y el no-alineamiento, y al mismo tiempo, estableció en Nicaragua una importante presencia militar y de inteligencia que servía de enlace para las guerrillas, principalmente de El Salvador.

La relación bilateral con Cuba fue, desde el inicio, la más importante para la Revolución Sandinista. Mientras el nuevo gobierno tardó varios meses en establecer contactos formales con los países del bloque soviético, con La Habana la relación fue estrecha —aunque matizada— desde los primeros días, como lo han destacado estudios recientes. Si bien es difícil precisar el número exacto de asesores militares cubanos en Nicaragua —las estimaciones para 1983, por ejemplo, oscilan entre 200 y 2,000 (Snyder, 2021)—, lo cierto es que desempeñaron un papel fundamental en la reestructuración de las fuerzas de seguridad en los primeros años de la Revolución, sin la cual su defensa hubiese sido impensable (Castañeda, 1994). Los asesores cubanos no militares también fueron clave en ministerios como Cultura, Relaciones Exteriores y Educación, así como en diversas áreas del gobierno (Snyder, 2021). Por un lado, hay evidencia de que sandinistas de distintos niveles veían en Cuba un referente: los líderes revolucionarios modelaron partes de su gobierno —como los Comités de Defensa Sandinista— siguiendo el ejemplo cubano. Además, Cuba estableció en Nicaragua una importante presencia militar y de inteligencia que funcionó como enlace para las guerrillas, principalmente en El Salvador. En ese sentido, la influencia cubana contribuyó a la radicalización del proceso revolucionario nicaragüense. Sin embargo, también está documentado que, tanto en público como en privado, el gobierno cubano instó a Nicaragua a mantener la economía mixta, la pluralidad política, y el no alineamiento (Jarquín, 2024). Por lo tanto, Fidel Castro también ejerció una influencia que tendía a moderar los impulsos más “cubanizados” de la revolución nicaragüense.

92

La consolidación del régimen Sandinista no sólo tuvo un impacto en el régimen cubano, también influyó en el bloque soviético que recibió los hechos en Centroamérica con sorpresa (Paszyn, 2000, p. 24). La Unión Soviética vio con cierto escepticismo una revolución que en términos discursivos se presentaba como no-alineada y socialdemócrata. Como señala Yordanov, la Unión Soviética no consideraba al régimen de Nicaragua dentro de la esfera de los países socialistas (Yordanov, 2019, p. 10); sin embargo, estaba consciente del potencial y el peligro de su apoyo al régimen en Managua. Los primeros contactos con el bloque Soviético se dieron a finales de 1979 y durante 1980, cuando varios altos funcionarios Sandinistas visitaron las capitales comunistas buscando apoyo económico y militar para la revolución. Estas delegaciones contaron con el apoyo diplomático cubano que se convertiría en el principal mediador entre el bloque comunista y el régimen en Managua. Este es un detalle importante ya que demuestra que la intervención del bloque soviético se dio en gran medida por invitación de actores regionales.

El apoyo socialista no fue equitativo, es importante señalar que la URSS, Alemania Oriental, Bulgaria y Cuba fueron los primeros y los principales proveedores de ayuda para la revolución (Storkman, 2014; Yordanov, 2019, p. 17). Es relevante remarcar el apoyo soviético durante las primeras etapas del gobierno Sandinista ya que éste permitió al régimen en Managua imaginar una base de apoyo internacional independiente de sus aliados moderados latinoamericanos y europeos. Por lo tanto, también facilitó la ruptura de los acuerdos políticos moderados. El apoyo del bloque soviético fue sustancialmente diferente al de los países de América Latina y Europa, ya que éste sí permitía la venta de armamento. Un hecho cada vez más importante a medida que las tensiones regionales fueron

escalando. A pesar de esto es importante mencionar que entre 79 y 80 el apoyo comunista fue moderado debido a la preocupación por una posible escalada militar norteamericana. Sin embargo, la provisión de armamento y la presencia de asesores cubanos y del bloque socialista comenzó a degradar aún más las relaciones regionales y puso en entredicho la alianza moderada latinoamericana.

La derrota de la dictadura somocista inició el último ciclo revolucionario latinoamericano, legitimando el uso de la violencia como instrumento de transformación rápida y radical de la sociedad. La consolidación del FSLN en el poder, y la nueva política cubana tuvo un impacto directo e inmediato entre los grupos revolucionarios de América Central que vieron en los sucesos de Nicaragua como la antesala de un proceso revolucionario de carácter regional. En El Salvador, la victoria sandinista impulsó (con apoyo cubano) la unificación de las guerrillas y la formación del Frente Farabundo Martí de Liberación Nacional (FMLN). En Guatemala, de igual forma, se favoreció la acción armada de las guerrillas y la consolidación de sus estructuras clandestinas para crear en 1982 la Unidad Revolucionaria Nacional Guatemalteca (UNRG). En muchos casos los guerrilleros internacionalistas que habían participado directamente en el proceso armado nicaragüense regresaron a sus países y redoblaron sus esfuerzos militares (Vera; Morales, 2022), especialmente guatemaltecos y salvadoreños.

En otras partes de América Latina, la victoria Sandinista también animó e inspiró los esfuerzos de grupos armados: en Chile, con el Frente Patriótico Manuel Rodríguez; Argentina, con la contraofensiva de Montoneros (Orero, 2017; Oñate, 2011); Colombia, con FARC, ELN y M-19 (CNMH, 2013, p. 113); México con el FLN y más de diez años después el EZLN (Cedillo, 2012, p. 158). Este último periodo de la guerrilla latinoamericana sería incluso más violento que el desatado tras la revolución Cubana, debido a las innovaciones tácticas inspiradas por el sandinismo, y por el influjo material militar cubano y del bloque socialista (que Cuba manejaba como intermediario), así como por la respuesta violenta de las élites gobernantes y sus aliados.

En paralelo, los gobiernos dictatoriales en América Central, en particular en Guatemala, Honduras y El Salvador, habían observado con profunda preocupación la caída de Somoza. Por toda la región los gobiernos endurecieron sus prácticas autoritarias. En Guatemala, el gobierno de Romeo Lucas García desplegó una política represiva haciendo uso de escuadrones de la muerte para desaparecer y asesinar a militantes de izquierda, líderes sindicales, religiosos y estudiantiles, mientras los grupos conservadores pedían el exterminio de los grupos disidentes (Bataillon, 2008; Phé-Funchal, 2020, p. 468-469). En El Salvador, aumentó la movilización social en contra del gobierno y también la violencia por parte de los grupos paramilitares conservadores y guerrilleros (Crandall, 2017, p. 125-126). Esta situación llevó a que en octubre de 1979 se diera un golpe de estado de carácter moderado en un intento poco exitoso por evitar una escalada violenta en el país. En Honduras, los tenues esfuerzos reformistas de la junta militar fueron detenidos por el temor a una ruptura del orden social aunque se mantuvo la promesa de un regreso al sistema electoral. Como resultado, la revolución Sandinista propició un aumento considerable de las demandas sociales en América Central, pero también un aumento de la represión violenta por parte de las élites y grupos militares. Estos procesos llevaron a la ruptura violenta de las sociedades centroamericanas. Para 1981, El Salvador y Guatemala

tenían gobiernos dictatoriales y anticomunistas dispuestos a librar una guerra abierta en contra de los grupos disidentes marxistas, socialdemócratas o liberales.

La radicalización de los gobiernos autoritarios centroamericanos formó parte de un proceso regional más amplio de consolidación de posiciones anticomunista en el continente americano. Desde el período insurreccional, la junta militar argentina había desplegado un esfuerzo diplomático para detener la caída de la dictadura somocista y proponer una intervención armada en Nicaragua. Tras la victoria Sandinista, la dictadura argentina desplegó lo que Ariel Armony denominó una “cruzada anticomunista” en América Central enviando asesores militares a Honduras y Guatemala para fortalecer sus capacidades represivas en contra de la disidencia (Armony, 1999; Rostica, 2021). Como parte de estos esfuerzos los militares argentinos ayudarían a organizar a los dispersos grupos de la Guardia Nacional en una nueva organización contrarrevolucionaria que comenzaría a hostigar al gobierno revolucionario desde posiciones en Honduras. Por toda América Latina, las redes anticomunistas comenzaron a desplegar esfuerzos para contener a la revolución Sandinista ayudando a fortalecer a los gobiernos autoritarios y a la oposición conservadora dentro de Nicaragua (Burke, 2018, p. 160).

Los Estados Unidos no fueron inmunes al impacto de la revolución Sandinista y la respuesta anticomunista. Aunque la administración Carter se mostró tolerante frente al gobierno revolucionario favoreció, desde un principio, la organización de grupos políticos opuestos al Sandinismo. La política moderada de la administración Carter, que buscaba cierta coexistencia con Managua, fue puesta en entredicho por dos factores: la consolidación de un gobierno alejado de los principios de la democracia liberal que se habían prometidos durante la insurrección, y los intentos del FSLN de promover una segunda revolución izquierdista en El Salvador. Este hecho se vio reflejado en un renovado apoyo financiero y militar a la junta en El Salvador, en un intento por detener un proceso similar al nicaragüense (Pastor, 2002, p. 183). La victoria Sandinista también tuvo un impacto en la política doméstica norteamericana ayudando a reforzar las posiciones anticomunistas. Para 1980, un grupo importante de funcionarios y políticos norteamericanos consideraban que el régimen en Nicaragua y la desestabilización en El Salvador y Guatemala representaban un golpe a la “credibilidad” de los Estados Unidos como potencia (LeoGrande, 2000, p. 80-81). En consecuencia, la victoria Sandinista también ayudó a socavar las políticas multilaterales favorecidas por Carter y a consolidar el unilateralismo del nuevo presidente Ronald Reagan. Éste llevaría a cabo un cambio fundamental de la política norteamericana hacia América Latina y hacia Nicaragua en un intento por restablecer la hegemonía norteamericana (LeoGrande, 1998, p. 110).

La consolidación del gobierno Sandinista corrió en paralelo de un importante esfuerzo internacional para defender a la naciente revolución y evitar una escalada bipolar. Este esfuerzo iniciado por los países reformistas radicales latinoamericanos tuvo un importante eco en Europa. En particular entre aquellos gobiernos socialdemócratas interesados en defender el proceso de distensión que podría ser amenazado por un conflicto armado en América Central y que podría tener repercusiones directas en Europa. Los primeros años del gobierno sandinista coincidieron con el apoyo

de líderes europeos como François Mitterrand, Olof Palme y Bruno Kreisky; e importantes políticos como Willy Brandt quienes intentaron construir un modelo socialdemócrata como alternativa al sistema bipolar (Ommen, 2023, p. 103). Los países europeos mantendrían la idea, al igual que los latinoamericanos, de que era necesario mantener las puertas abiertas a la revolución para evitar que ésta se alineara con el bando comunista. Con el paso de los años los países de Europa occidental se convertirían en la principal fuente de financiamiento externo (no militar) del régimen Sandinista, lo cual también los pondría en una posición singular para presionar al régimen en Managua para que mantuviera sus promesas de moderación, democracia y no-alineamiento (Rother, 2019, p. 206).

En América Latina la consolidación del régimen Sandinista y sus crecientes tendencias autoritarias llevó a una pronta desilusión por parte de varios de los aliados iniciales del Sandinismo. Estos perderían el apoyo de Venezuela, Costa Rica y Panamá, hasta cierto punto, debido a la postergación de las elecciones y a la ruptura de las promesas políticas del período insurreccional. De esta manera, de la primera alianza latinoamericana, sólo México y Cuba se mantuvieron como aliados del Sandinismo, pero desde posiciones disímiles. México desplegó una entusiasta política exterior para financiar al gobierno Sandinista con excedentes petroleros, cubriendo sus deudas internacionales, y enviando asesores y apoyo material para la reconstrucción de Nicaragua. En el exterior realizó una robusta campaña de cabildeo, en particular en Europa, para generar un bloque de apoyo no alineado en torno a la revolución. La consolidación del régimen y la escalada de la violencia regional tuvo como resultado el progresivo colapso de la distensión y la oportunidad abierta a finales de los años setenta para una mayor autonomía latinoamericana que se encontraba cada vez más presionada desde la derecha por los grupos anticomunistas y el gobierno norteamericano, y desde la izquierda, por el gobierno revolucionario y sus aliados internacionales, en particular Cuba.

Sin embargo, el impacto de la consolidación del régimen no sólo debe ser considerado a partir de la política exterior, también debe ser analizada por el entusiasmo generado entre la población de América Latina y Europa y las posibilidades de transformación social abiertas por la revolución. Diferentes grupos vieron en la revolución futuros alternativos, en ocasiones contradictorios. Si bien los gobiernos se mostraron mucho más escépticos frente a la revolución y más rápidamente abandonaron cualquier ilusión sobre ésta, los grupos de izquierda mantuvieron un interés constante sobre los eventos en Nicaragua (Christiaens, 2014; Apelt, 2015; Agreda; Helm, 2016; Perla, 2017; Agreda, 2021; Ommen, 2024). Los años ochenta vieron la consolidación de las actividades de solidaridad como una forma de ciudadanía global basada en intereses de carácter moral. Esta tendría cada vez más preeminencia durante los años 90 y 2000. En ámbitos particulares como el de la teología de la liberación, la revolución Sandinista sería clave para redefinir las fronteras de las relaciones iglesia-estado, así como la responsabilidad política de los religiosos (Foroohar, 1989). Entre los grupos de promoción de los derechos humanos, el caso nicaragüense supondría un espacio privilegiado para la construcción de mecanismos internacionales de vigilancia y denuncia. Los grupos políticos de izquierda se verían directamente afectados por las tensiones y debates en torno a la democracia social y las tensiones autoritarias que la revolución representaba. La revolución supondría un punto de ruptura

entre proyectos ligados al marxismo radical y a posiciones socialdemócratas con profundas repercusiones para las transiciones democráticas y los futuros gobiernos de izquierda.

4 Guerra, intervención, y crisis interamericana

A partir de 1982 se vive en Nicaragua una situación de conflicto armado abierto. Se trataba de una guerra civil, pues los beligerantes – el Ejército Popular Sandinista (EPS), por un lado, y las columnas de la “Contra,” por el otro – eran nacionales. Pero a la misma vez se podía caracterizar como una intervención militar (o una guerra de agresión extranjera, para ocupar el vocabulario sandinista) tomando en cuenta que el gobierno norteamericano financió y asistió en términos operativos a la contrarrevolución. Sin embargo, las dimensiones internacionales de esta guerra iban más allá de las políticas de Estados Unidos e incluso de la Unión Soviética. Entre otras cosas, la crisis centroamericana – o, mejor dicho, el imperativo de manejarla – provocó en América Latina una casi inédita actividad diplomática multilateral, la cual tendría repercusiones significativas para la política regional en la época pos-Guerra Fría.

La intervención de Reagan contra el gobierno sandinista ocasionó mayor involucramiento con la Revolución por parte de la URSS, país que asumió la carga de suministrar al EPS y mantener a flote la economía nicaragüense. Dicho apoyo tenía límites muy marcados. Moscú le dejó claro al FSLN que apoyaría sus planes de defensa nacional pero que tampoco dejarían que otra revolución en el “patio trasero” de EE.UU. fuera motivo de mayor tensión en la relación bilateral con Washington (Ferrero, 2015; Yordanov, 2020). El compromiso soviético con el sandinismo se había dado más que nada por razones de solidaridad y de simbolismo geopolítico, entre ellas la necesidad de mantener credibilidad de cara a las izquierdas tercermundistas. Lo mismo se podía decir de los otros patrocinadores del sandinismo en el campo socialista, entre ellos Bulgaria y la República Democrática Alemana; “en términos generales, Nicaragua no afectaba los intereses de seguridad de la RDA,” según el historiador Klaus Storkmann, autor de un estudio detallado del generoso apoyo militar alemán a la Revolución (Storkmann, 2014, p. 75). La colaboración del Este con la Revolución fue discreta en comparación con la de Cuba, que por razones obvias no podía suministrar armas o dinero, pero sí dejó una huella bastante más fuerte en términos de asesores militares y técnicos. Otro actor destacado, al menos al inicio del conflicto, fue la Junta de la dictadura militar argentina, quienes se adelantaron a Estados Unidos en la organización de un ejército anti-sandinista en Honduras, dirigidos por remanentes de la Guardia Nacional somocista (Armony, 1999; Avery, 2021). El conflicto también traslapó con los asuntos del medio oriente: mientras que la Contra gozó de apoyo israelí, el sandinismo aprovechaba una relación de larga data con el nacionalismo palestino (Hoffman, 1988).

En cierto sentido el campo de batalla se extendió por toda América Central. El FSLN fue factor clave en la guerra en El Salvador como ya se había mencionado con anterioridad. El ejemplo y apoyo del sandinismo para la guerrilla salvadoreña provocaba la ansiedad de todos los sectores de la política

estadounidense, y por tanto sirvió como *casus belli* de la administración Reagan para su política agresiva contra el gobierno sandinista. Esa intervención no hubiese sido posible sin el apoyo de los vecinos anticomunistas de la Nicaragua revolucionaria. Su principal socio fue el gobierno cuasi-militar de Honduras, que a cambio de un masivo flujo de ayuda financiera decidió prestar su territorio a la Contra y una llamativa misión de asesores estadounidenses, cosa que condujo al epíteto del país como “portaviones centroamericano.” Costa Rica, que había servido como retaguardia del sandinismo en 78-79, ahora lo fue para un ramo importante de la Contra. Lo de Nicaragua también repercutió, aunque de manera más indirecta, en la guerra civil de Guatemala que databa de los años 60. En otras palabras, la guerra en Nicaragua formaba parte de una red entrelazada de conflictos entre fuerzas de izquierda y de derecha en América Central en el marco de la Guerra Fría. Dichos conflictos supusieron retos económicos, humanitarios, y políticos jamás vistos en el istmo: la Revolución Sandinista no los causó, pero sí formó su eje.

Los conflictos centroamericanos, inflamados por las políticas de Reagan, también planteaban un problema para los intereses económicos y de seguridad de varios países a nivel latinoamericano, siendo principal entre ellos México (Herrera; Ojeda, 1983; Sánchez, 2024). Además, en todo el continente existía indignación sobre otra intervención Washington en el marco de la Guerra Fría y el temor de una posible invasión militar en Centroamérica o incluso o confrontación Este-Oeste en suelo latinoamericano. Estas preocupaciones se expresaron en el Proceso de Paz de Contadora, llamado así por la isla panameña donde se reunieron los presidentes y cancilleres de ese país y de México, Colombia, y Venezuela a partir de 1983 para buscar un acuerdo negociado en Centroamérica basados en el principio de no-intervención y de “soluciones regionales para problemas regionales” (Jarquín, 2021). Con los años se sumó el “Grupo de Apoyo” conformado por Perú, Brasil, Argentina y Uruguay. Este gran bloque latinoamericano exigía dos cosas. Primero, que los gobiernos centroamericanos abandonaran sus carreras armamentistas y que dejaran de recibir apoyo y asesoría militar de Estados Unidos, la Unión Soviética, Cuba o cualquier otro actor extrarregional. Segundo, que no permitieran que sus territorios se ocuparan por fuerzas irregulares para atacar a los vecinos. Los dos puntos suponían una condena inequívoca al apoyo norteamericano a la Contra.

Más allá de los problemas puntualmente relacionados a Centroamérica, la diplomacia multilateral latinoamericana soñaba con un “nuevo orden” interamericano, como lo describió un diplomático mexicano, donde se acomodarían los intereses de EE.UU. con los de América Latina, a diferencia de un *statu quo ante*, ejemplificado por los cambios de régimen en Guatemala (1954), República Dominicana (1965), y Chile (1973), donde Washington impuso salidas de manera unilateral. Igualmente, el presidente peruano Alan García dijo a los comandantes sandinistas que lo que estaba en juego en Nicaragua era la “tesis de soberanía continental” (Jarquín, 2024, p.153-154). Vale recalcar que la mayoría de los países de Europa Occidental, tradicionales aliados de EE.UU., apoyaron estas iniciativas, no tanto por simpatía por el sandinismo (aunque sí era un factor para la socialdemocracia europea, la cual ejercía el poder en varios países), sino por el deseo de evitar que el ciclo revolucionario-contrarrevolucionario de Centroamérica se fundiera con el conflicto Este-Oeste

(Rother, 2022). Sin la oposición europea a Reagan no hubiese sido posible el gran ejercicio en regionalismo y autonomía latinoamericana simbolizado por Contadora.

Al fin y al cabo la iniciativa latinoamericana de paz fracasó. En 1984 el gobierno sandinista firmó el primer acta propuesto por los cancilleres de Contadora, suponiendo que Estados Unidos no permitiría que sus aliados centroamericanos hicieran lo mismo, y así fue. Para 1986 las guerras en Nicaragua y El Salvador seguían más fuertes que nunca y se daba por muerta a Contadora. Sin embargo, Contadora había ayudado a aislar la posición de Reagan sobre Centroamérica en el plano internacional. Y también preparó el terreno para que posteriormente triunfara otro acuerdo de paz cuando las condiciones en el terreno fueran más propicias. Al año siguiente los gobiernos centroamericanos, desgastados por los conflictos, firmaron un arreglo negociado entre ellos – los Acuerdos de Paz de Esquipulas – basados en la arquitectura de Contadora, pero con el proviso adicional de que los gobiernos debían negociar con las fuerzas insurgentes de sus países y celebrar elecciones libres con observación electoral. La firma fue el comienzo del fin para las guerras y en particular para el programa paramilitar de Estados Unidos en Nicaragua.

A través de Contadora y Esquipulas, la diplomacia latinoamericana marcó de manera colectiva los límites del unilateralismo norteamericana en el hemisferio (Roberts, 1990; Montobbio, 1997). Es importante señalar que este esfuerzo concertado para manejar la intervención de Estados Unidos en Centroamérica tuvo eco en la época pos-guerra fría, pues el Mecanismo Permanente de Consulta y Concertación Política, conocido popularmente como Grupo de Río (siendo éste, a su vez, el antecesor de la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños [CELAC]), derivó directamente de las reuniones de Contadora y del Grupo de Apoyo. No obstante, las iniciativas multilaterales latinoamericanas se toparon con límites muy severos. Los acuerdos multilaterales fueron contrapeso para la intervención norteamericana, no obstáculo insuperable; la hegemonía estadounidense se negoció de manera modesto, no se cuestionó. Además, lo único que aglutinaba a los países de Contadora y el Grupo de Apoyo era el rechazo hacia la violación norteamericana de la soberanía continental; la integración económica y otros intereses compartidos eran nada más una hipótesis. Por tanto, en los años 80 vemos los orígenes del frenesí regionalista de los años 90 y 2000 pero también las razones de su estancamiento en años más recientes (Jarquín, 2021).

98

5 La última Revolución

Hacia finales de la década la Dirección Nacional del FSLN aprobó un paquete escalonado de reformas políticas y económicas (Wheelock, 1997). Diseñado con el propósito de manejar un fuerte desgaste socioeconómico relacionado a una guerra que se había vuelto insostenible, el giro terminaría alterando la orientación y naturaleza de la Revolución. El sandinismo siempre había prometido una “economía mixta”, cosa que se prestaba a diferentes interpretaciones; ahora, ante la combinación tóxica de hiperinflación y contracción económica, quienes habían promovido elementos de economía

planificada perdieron cierta influencia y se implementaron algunas medidas en pro de la liberalización económica (Ryan, 1995; Martínez, 1992). Y en el ámbito político, tomando en cuenta las señales indicando que el apoyo militar de la Unión Soviética había tocado techo, los comandantes hicieron lo que habían jurado nunca hacer: negociar un acuerdo con la Contra en paralelo a otras medidas de apertura que permitieron mayor actividad de la oposición civil. Estas reformas liberales, ejemplificadas por la Constitución de 1987 e implementadas en el marco de los Acuerdos de Esquipulas, condujeron al sorpresivo desenlace de la Revolución en 1990: la aceptación por parte del FSLN de su derrota en elecciones libres. Tanto la revisión como la caída de la Revolución Sandinista, en el sentido de que el sandinismo se adaptó a la tercera ola democratizadora de América Latina, supusieron una importante ruptura con el paradigma de revolución izquierdista implantado durante tres décadas por el modelo cubano.

En primer lugar, las reformas representaron una inversión de las prioridades revolucionarias del Frente Sandinista. Cuando se fundó en los años 60, el movimiento sandinista – al igual que sus homólogos en Guatemala y El Salvador – tenía como objetivo principal tomar el poder para alcanzar la justicia social (Vilas, 1994, p. 279). Cuando hablaban de democracia, tenían en mente la democratización social y económica mediante la redistribución de la riqueza, expansión del acceso popular a servicios públicos, y la aniquilación del poder político de la clase empresarial y terrateniente (Vilas, 1994, p. 226-229). La democracia en el sentido liberal, de elecciones y libertades individuales, era secundaria: “La justicia social podía hacerse a costa de la democracia,” recuerda el estadista sandinista Sergio Ramírez, “no la democracia a costa de la justicia social” (Jarquín, 2024, p. 88). Con el paso del tiempo, las prioridades fueron cambiando. Las realidades de la guerra y de la confrontación con EE.UU, así como los errores en su conceptualización e implementación, no habían permitido reducción de la pobreza, y para 1987 no quedaba más que luchar para finiquitar la guerra, reafirmar la soberanía nacional, y crear un sistema político donde la izquierda revolucionaria podía seguir adelante (Carrión, 2019). “Al final no hubo justicia social,” añadió Ramírez, pero de manera paradójica “hubo democracia.” Para muchos cuadros sandinistas, entonces, la derrota del 1990 fue un amargo retroceso pero a la vez una conquista revolucionaria. En algún punto en el camino el concepto de “revolución” había cambiado. En una entrevista realizada en 2021, el Comandante Humberto Ortega se refirió en los siguientes términos al “acto revolucionario” que él y sus camaradas habían provocado en 1979: “Su producto más importante fue el haber nosotros abierto, a pesar de todas las limitaciones, el cauce a la democracia” (Oppenheimer, 2021).

Esta evolución política e ideológica se dio en el contexto mundial de descrédito del comunismo como alternativa al capitalismo liberal. Como ha señalado la historiadora María Dolores Ferrero Blanco, los oficiales más altos del Partido Comunista de la Unión Soviética desde muy temprano buscaron la moderación del sandinismo y comunicaron claramente que les era cada vez más difícil mantener la subvención del proyecto militar del FSLN (por el otro lado, los obstáculos que tuvo el apoyo estadounidense a las fuerzas anti-sandinista, ejemplificados por el escándalo Irán-Contra, también facilitaron un acuerdo negociado en Nicaragua) (Ferrero, 2015). Tanto Mijaíl Gorbachov

como su canciller, Eduard Shevardnadze, celebraron el “pragmatismo” y “realismo” de las reformas liberalizadoras implementadas por el gobierno nicaragüense, a pesar de que éstas lo distanciaban aún más del “socialismo real.” La caída del muro de Berlín no determinó el rumbo de la Revolución pero si cerró algunas puertas. Se puede decir que la Revolución Sandinista fue la última del siglo XX, al menos en el sentido de un cambio violento y rápido del poder político en un país que planteaba la transformación fundamental, inspirada en una lectura del marxismo, de los valores dominantes y de las relaciones sociales y estructuras de clase. La transición electoral del Frente Sandinista fue factor inmediato en la decisión de las guerrillas salvadoreñas y guatemaltecas de dejar las armas a inicios de los años 90 (Kruijt, 2008).

Otro trasfondo para la evolución del sandinismo, igual o más importante, fue la generalización de la democracia electoral en América Latina. Cuando empezó la insurrección contra Somoza, las dictaduras dominaban el mapa político: solo tres gobiernos – los de Colombia, Costa Rica, y Venezuela – habían sido elegidos en procesos mínimamente competitivos. Los golpes militares en Chile y Uruguay estaban frescos en la memoria. La socialdemocracia europea, articulada por la Internacional Socialista, celebró el triunfo armado de 1979, simpatizó con los planes ambiciosos de redistribución de la riqueza, y se opuso a las intervenciones y sanciones de la administración Reagan. Pero a la vez siempre insistió que el sandinismo debía cumplir con su promesa de “pluralismo político” y legitimarse vía elecciones libres (Grabendorff, 1982). Los comicios de 1984, por no contar con la participación del bloque opositor más importante, no satisficieron. Con los años la presión fue aumentando debido al cambio en el contexto regional: entre 1977 y 1990 - la duración del proceso revolucionario nicaragüense – catorce países, sin contar a Nicaragua, hicieron la transición de régimen autoritario a uno de democracia o al menos semi-democracia electoral (Hagopian; Mainwaring, 2005).

Tal como ha indicado el historiador Rafael Rojas, la institucionalización de la democracia liberal en Nicaragua consolidó una relación ambivalente entre la Revolución Sandinista y la cubana. Por un lado, la de Nicaragua había sido “la única de las revoluciones que llegó a triunfar plenamente luego de la cubana,” y su proyecto se parecía más al cubano en términos programáticos y estéticos que los de Salvador Allende en Chile o Velasco Alvarado en Perú, por citar dos ejemplos. Por el otro, la Revolución Sandinista “terminaría institucionalizando un Estado con elementos tan ajenos al modelo cubano como la economía mixta, el pluripartidismo, o la filosofía de los derechos humanos.” Las diferencias se consagraron con la Constitución de 1987 que, muy a diferencia de la cubana de 1976, no estableció un régimen de partido único, no plasmó una ideología oficial, y reconoció distintas formas de la propiedad. Estas diferencias se consolidaron, obviamente, con la salida del poder en 1990 tras las elecciones (Rojas, 2021, p. 24).

El quiebre del paradigma cubano es importante para entender la transformación de la izquierda armada en esta época, analizada entre otros por Jorge Castañeda en *La utopía desarmada* (Castañeda, 1995). Es decir, la evolución ideológica del sandinismo no le pertenecía exclusivamente a la izquierda nicaragüense, en casi todos los países se podía observar el abandono de la lucha armada por parte de la izquierda revolucionaria, con la excepción importante del Ejército Zapatista de la Liberación Nacional,

claramente inspirado por el sandinismo, y por sectores importantes de la guerrilla colombiana. Sin embargo, el sandinismo tuvo una importancia particular por haber experimentado esta transición mientras controlaban un gobierno. Rojas ha resumido bien lo que esto significó para el resto de la región: “El modelo nicaragüense fue evidencia incontrovertible de que la tradición revolucionaria latinoamericana del siglo veinte, para tener alguna continuidad en el mundo posterior a la Guerra Fría, estaba obligada a optar por la democracia.” De esta manera, Rojas señala que la revolución Sandinista fue precursora de todas las izquierdas que llegaron al poder en las últimas décadas “desde la de Hugo Chávez en Venezuela hasta la de Andrés Manuel López Obrador en México”. Sin embargo, el Sandinismo también fue un ejemplo de prácticas autoritarias para los gobiernos que buscaron perpetuarse en el poder: “Reproduciendo métodos autoritarios como los que los sandinistas estrenaron en los años 80 (Rojas, 2021, p. 244-45).

6 Conclusión

El impacto de la revolución Sandinista fue tanto geopolítico como ideológico. De forma sorprendente, quizás su legado más importante haya sido en el campo de las ideas. Sin embargo, no podemos dejar de lado una breve reflexión sobre su impacto en las relaciones internacionales. La región que fue directamente afectada por la revolución fue América Central y el Caribe, que vivió directamente el *shock* revolucionario y contrarrevolucionario con un costo humano terrible. Este costo humano contrasta con una segunda categoría de países que tuvieron un impacto indirecto, principalmente en América Latina en general, con los países vecinos al Circuncaribe teniendo importantes efectos en términos políticos y sociales. En tercer lugar, se encontraba Estados Unidos, que si bien no fue afectado directamente por la revolución, si vio sus procesos políticos afectados por los sucesos en Nicaragua. En última instancia se encontraba Europa (occidental y oriental) y la Unión Soviética, en donde el impacto de la revolución se encontró mediado no tanto por Nicaragua en sí mismo, sino por el papel de los Estados Unidos hacia América Central y sus posibles consecuencias regionales. Este impacto diferenciado tiene que guiar nuestros estudios sobre el proceso revolucionario y ayudarnos a comprender la importancia, igualmente diferenciada, que tuvo la revolución sandinista en cada uno de estos espacios: desde el estallido revolucionario y contrarrevolucionario en El Salvador y Guatemala, hasta procesos como la construcción de redes transnacionales de promoción de los derechos humanos en América Latina y Europa.

Sus impactos en América Latina fueron notables, pero ambivalentes. Por ejemplo, la Sandinista – a diferencia de las revoluciones en Guatemala o en Chile – perduró y evitó la derrota militar, pero a la misma vez marcó el fin de las revoluciones del siglo XX. Ratificó la influencia de la Revolución cubana en la izquierda latinoamericana, y a la misma vez la disputó, al terminar abrazando la transición a la democracia. O, visto de al revés, la Revolución Sandinista ayudó a reformular las prácticas y las normas de la izquierda regional, pero sin romper por completo con el esquema cubano.

En última instancia, quizás su mayor impacto haya sido, justamente, el ejemplo de una transición democrática revolucionaria, pero también la posibilidad de una regresión autoritaria. Por otra parte, los proyectos multilaterales que permitieron la victoria Sandinista a finales de los setenta, así como los que defendieron al gobierno revolucionario en los años ochenta, develaron el potencial del activismo colectivo latinoamericano. Pero el colapso de la revolución Sandinista también marcó los límites de esta independencia y autonomía latinoamericana.

Dicha ambivalencia corresponde a los resultados igualmente contradictorios en Nicaragua. 45 años después de la caída de los Somoza, el país – siempre entre los más pobres del continente – es nuevamente gobernado por una dictadura dinástica, siendo ésta la de la familia Ortega Murillo, cabeza actual del Frente Sandinista Liberación Nacional.

7 Referencias

AGREDA, J; HELM, C. Solidaridad con la revolución sandinista. Comparativa de redes transnacionales: los casos de la República Federal de Alemania y España, en **Naveg@mérica**: Revista Electrónica Editada por la Asociación Española de Americanistas, n. 17, 2016.

AGREDA, J. **Internacionalistas, activistas y brigadistas**: La red trasnacional de solidaridad con Nicaragua desde el Estado Español, 1978-1991. Tesis de Doctorado. Santiago de Compostela: Universidad de Santiago de Compostela, 2021.

APELT F. Between solidarity and emancipation? Female solidarity and Nicaraguan Revolutionary Feminism. en HANSEN, HELM, **Making sense of the Americas**. How protests related to America in the 1980s and beyond. Frankfurt: Campus, 2015.

ARMONY, A. **La Argentina, los Estados Unidos y la cruzada anticomunista en América Central, 1977-1984**. Quilmes: Universidad Nacional de Quilmes, 1999.

AVERY, M. Connecting Central America to the Southern Cone: The Chilean and Argentine Response to the Nicaraguan Revolution of 1979. **The Americas**, n. 4, v. 78, p. 553-579, 2021.

BALTODANO, M. **Memorias de la Lucha Sandinista**. (4 tomos), México: Rosa Luxemburg Stiftung, 2010.

BASOSI, D. Oil, dollars, and US power in the 1970s: re-viewing the connections, **Journal of Energy History**, n. 3, 2019.

BARACCO, L. Sandinista Anti-Imperialist Nationalism and the Atlantic Coast of Nicaragua: Sandinista-Miskitu Relations, 1979-81. **Nationalism and Ethnic Politics**, n. 10, v. 4, p. 625–655, 2004.

BOOTH, W.A. Rethinking Latin America's Cold War. **The Historical Journal**, n.64, v.4, p. 1128–1150. 2021.

BROWN, J.C. **The Weak and the Powerful: Omar Torrijos, Panama, and the Non-Aligned Movement in the World**. Pittsburgh: University of Pittsburgh Press, 2024.

BROWN, T.C. **The Real Contra War: Highlander Peasant Resistance in Nicaragua**. Norman: University of Oklahoma, 2001.

BUCHSBAUM, J. **Cinema and the Sandinistas**. Austin: University of Texas Press, 2003.

BURKE, K. **Revolutionaries of the Right**. Anticomunist internationalism and paramilitary warfare in the Cold War. Chapel Hill: UNCP, 2018.

BATAILLON, G. **Génesis de las guerras intestinas en América Central (1960-1983)**. México: Fondo de Cultura Económica, 2008.

BERTH, C. **Food and Revolution: fighting hunger in Nicaragua 1960-1993**. Pittsburgh: University of Pittsburgh Press, 2021.

CARRIÓN, L. Luces y sombras de la revolución, 40 años después. **Confidencial**, Managua, 2019.

CASTAÑEDA, J. **La utopía desarmada: Intrigas, dilemas y promesas de la izquierda en América Latina**, México: Joaquín Mortiz, Planeta, 1993.

CEDILLO, A. Armed Struggle without revolution: the organizing process of the National Liberation Front (FLN) and the genesis of the Neo-Zapatism (1969-1983). En CEDILLO, A; Calderón, F. **Challenging Authoritarianism in Mexico**. Nueva York: Routledge, 2012.

CHÁVEZ, C. **Women and the State in Post-Sandinista Nicaragua**. Boulder: Lynne Rienner 2000.

CHRISTIAENS, K. Between diplomacy and solidarity. Western European support networks for Sandinista Nicaragua. **European Review of History**: Revue Européenne d'Histoire, n.21, v. 4. 2014.

COATSWORTH, J. The Cold War in Central America, 1975–1991. Leffler, M.P., Westad O. A, (Eds.), **The Cambridge History of the Cold War**. Endings, v.3, p. 201–221. Cambridge: Cambridge University Press, 2010.

CORTINA, O. Brigada Sanitaria Adriana Haidar: solidaridad técnica montonera con la revolución sandinista. **Secuencia**, México: Instituto Mora, n.108, sep.-dic. 2020.

CALDERÓN, F. **Challenging Authoritarianism in Mexico**, Londres: Routledge, 2012.

Centro Nacional de Memoria Histórica. **Guerrilla y Población Civil Trayectoria de las FARC 1949-2013**. Bogotá: Centro Nacional de Memoria Histórica, 2013.

CRANDALL, R. **The Salvador option. The United States in El Salvador 1977-1992**. Cambridge: Cambridge University Press, 2016.

104

DOMÍNGUEZ, J. **To make the world safe for revolution**: Cuba's foreign policy. Cambridge: Harvard University Press, 1989.

D'HAESELEER, B. 'Drawing the line' in El Salvador: Washington confronts insurgency in El Salvador, 1979–92. **Cold War History**, v. 18, n. 2, 2018.

FERRERO, M. Daniel Orega y Mijaíl Gorbachov. **Hispania Nova**, n. 13, p. 26-53, 2015.

ENRÍQUEZ, L. **Harvesting change**: Labor and agrarian reform in Nicaragua, 1979-1990. Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1991.

FOROOHAR, M. **The Catholic Church and Social Change in Nicaragua**, Nueva York, State University of New York Press, 1989.

FRIEDMAN, M.P. Retiring the Puppets, Bringing Latin America Back In: Recent Scholarship on United States-Latin American Relations. **Diplomatic History**. 27, n. 5. p. 621-36, 2003.

FIGUEROA, V. Nicaragua, Chile, and the End of the Cold War in Latin America. In: KALINOVSKY, A. y RADCHENKO, S. **The End of the Cold War in the Third World**. Londres: Routledge, p.192-207, 2011.

GARCÍA, R; TARACENA, A. **La Guerra Fría y el anticomunismo en Centroamérica**, Guatemala: FLACSO, 2017.

GARFIELD, R.M; FRIEDEN, T; VERMUND, S. Health-related outcomes of war in Nicaragua. **American Journal of Public Health**, v.77, n.5, p. 615–618, 1987.

GLEIJESES, P. The CIA's paramilitary operations during the cold war: An assessment. **Cold War History**, v. 16 n. 3, p. 291–306, 2016.

GRABENDORFF, W. Western European Perceptions of the Central American Turmoil. In: FEINBERG, R. **Central America: International Dimensions of the Crisis**. Nueva York: Holmes & Meier, p. 201-212, 1982.

HARTO DE VERA, F; MORALES A. Si Nicaragua venció, El Salvador vencerá y Guatemala seguirá: relaciones entre el FSLN, el FMLN y la URNG en la década de los ochenta del siglo xx. **Araucaria**, 24(50), 2022.

GLEIJESES, P. **Shattered Hope: The Guatemalan Revolution and the United States**, Princeton University Press. 1992.

HAGER R.P. The origins of the 'contra war' in Nicaragua: The results of a failed development model. **Terrorism and Political Violence**, 10(1), p. 133–164. 1998.

HARMER, T. **Allende's Chile and the Inter-American Cold War**. Chapel Hill: Univ of North Carolina Press, 2011.

HOKSTRA, Q. Helping the Contras: The Effectiveness of U.S. Support for Foreign Rebels During the Nicaraguan Contra War (1979–1990). **Studies in Conflict & Terrorism**, 44(6), 2021.

HERRERA, R; OJEDA, M. La política de México en la región de Centroamérica. **Foro Internacional**, n.4, v. 23, p. 423-440, 1983.

HOFFMAN, B. **The PLO and Israel in Central America: The Geopolitical Dimension**. Santa Monica: RAND Corporation, 1988.

JARQUÍN, M. The Nicaraguan Question: Contadora and the Latin American Response to US Intervention Against the Sandinistas, 1982–86. **The Americas**, 78(4), p. 581–608. 2021.

JARQUÍN, M. **The Sandinista Revolution: A Global Latin American History**. Chapel Hill: UNC Press Books, 2024.

JARQUÍN, M. Red Christmases: The Sandinistas, indigenous rebellion, and the origins of the Nicaraguan civil war, 1981–82. **Cold War History**, 2018.

KIRK, J. **Politics and the Catholic Church in Nicaragua**, Miami: University of Florida Press, 1992.

KRUIJT, D. **Guerrillas: War and Peace in Central America**. Londres: Zed Books, 2008.

LEE, D. **The Ends of Modernization: Nicaragua and the United States in the Cold War Era**. Ithaca: Cornell University Press. 2021.

LEOGRANDE, W. **Our Own Backyard: The United States in Central America, 1977-1992**. Chapel Hill: Univ of North Carolina Press, 2000.

MONTOBBIO, M. La crisis centroamericana y la construcción de un nuevo orden internacional en América Latina. **Revista CIDOB d'Afers Internacionals**, n. 37, p. 131-149, 1997.

MURPHY, J. **Uriel Molina and the Sandinista popular movement in Nicaragua**, North Carolina: McFarland & Co, 2006.

OMMEN, E. The Nicaraguan Revolution's Challenge to the Monroe Doctrine: Sandinistas and Western Europe 1979-1990. **The Americas**, p. 639-666, v. 78, n. 4, 2021,

OMMEN, E. **Nicaragua Must Survive: Sandinista Revolutionary Diplomacy in the Global Cold War**, Berkeley, University of California, 2023.

OMMEN, E. Isolating Nicaragua's Somoza: Sandinista Diplomacy in Western Europe, 1977–1979, in FIELD, KREPP, PETTINA (eds.) **Latin America and the Global Cold War**. University of North Carolina Press, 2020.

OÑATE, A. The Red Affair: FMLN–Cuban relations during the Salvadoran Civil War, 1981–92. **Cold War History**, v. 11, n. 2, p. 133–154. 2011.

OPPENHEIMER, A. Entrevista con el hermano de Daniel Ortega. In: CNN/Oppenheimer Presenta. 20 julio 2021. 1 video (39 min). Disponible en: <https://youtu.be/v3xVlpGvr1g?si=2eBbVCoI6UWFqo6b>. Acceso en: 3 sep. 2024.

ORERO, E. C. Internacionalismo y Revolución Sandinista: Proyecciones militantes y reformulaciones orgánicas en la izquierda revolucionaria argentina. Tel Aviv: **EIAL**, n. 28, v. 2, 2017.

ORTEGA, H. **La epopeya de la insurrección**, Managua, Lea Grupo Editorial, 2004.

PASTOR, R. **Not condemned to repetition: The United States and Nicaragua**. Cambridge: Westview Press, 2002.

PÉREZ-BRIGNOLI, H. **Breve historia de Centroamérica**. Madrid: Alianza Editorial, 1985.

PERLA, H. **Sandinista Nicaragua's Resistance to US Coercion: Revolutionary Deterrence in Asymmetric Conflict** Hector. Cambridge: Cambridge University Press, 2017.

107

PHÉ-FUNCHAL, D. Por el procedimiento con vida: fundación del Grupo Apoyo Mútuo, en Vela, M. **Guatemala, la infinita historia de las resistencias**. México: Universidad Iberoamericana, 2020.

ROSTICA, J. La colaboración y coordinación de la represión de la disidencia política entre Argentina y Honduras: Avances de investigación (1979-1983). **Secuencia**, n. 111, 2021.

ROTHER, B. Cooperation between the European and Latin American moderate Left in the 1970s and 1980s in ROTHER B, LARRES K, Willy Brandt and International Relations: Europe the USA and Latin America 1974-1992. London: Bloomsbury Academic, 2019.

RYAN, P. **The fall and rise of the market in Sandinista Nicaragua**. Montreal , Buffalo : McGill-Queen's University Press, 1995.

SÁNCHEZ, G. The Sandinista revolution and the limits of the Cold War in Latin America: The dilemma of non-intervention during the Nicaraguan crisis, 1977–78. **Cold War History**, v. 18, n. 2, p. 111–129. 2018.

SÁNCHEZ, G. **La última revolución: la Insurrección Sandinista y la Guerra Fría Interamericana**. México: Secretaría de Relaciones Exteriores, 2022.

SÁNCHEZ, G. A similar detente: Mexico's Central American Policy, 1978-1982, in **Latin American Research Review**, Cambridge University Press, n. 2, v. 59. 2024.

SARGENT, D. **A Superpower Transformed**: The Remaking of American Foreign Relations in the 1970s. Oxford: Oxford University Press, 2015.

SIERAKOWSKI, R. **Sandinistas**: A Moral History. Notre Dame: University of Notre Dame Press, 2019.

STORKMAN, K. East German Military Aid to the Sandinista Government of Nicaragua, 1979-1990. En **Journal of Cold War Studies**, v. 16, n. 2, 2014.

VÁZQUEZ, M; CAMPOS, F. **México ante el conflicto centroamericano**: Testimonio de una época, México, Bonilla Artigas Editores, 2016.

VÉLIZ, R. El rompecabezas de la política centroamericana: la participación guatemalteca en la guerra civil de Costa Rica 1948, en **Revista de Historia**. San José: Universidad Nacional de Costa Rica, n. 87, ener-junio 2023.

108

VILAS, C.M. **Mercado, estados y revoluciones**: Centroamérica, 1950-1990. México: UNAM. 1994.

WELLS, A. **Latin America's Democratic Crusade**: The Transnational Struggle against Dictatorship, 1920s-1960s. New Haven: Yale University Press, 2023.

WESTAD, O.A. **The Global Cold War**: Third World Interventions and the Making of Our Times. Cambridge: Cambridge University Press, 2005.

WHEELOCK, R. Revolution and Democratic Transition in Nicaragua. In: DOMINGUEZ, J. y LINDENBERG, M. **Democratic Transitions in Central America**. Gainesville: University of Florida Press, p. 67-84, 1997.

YORDANOV, R. Outfoxing the Eagle: Soviet, East European and Cuban Involvement in Nicaragua in the 1980s. **Journal of Contemporary History**, v. 55, n. 4, p. 871-892, 2020.

The impact of the Sandinista Revolution on the Inter-American Cold War

ABSTRACT: Though the impact of the Cold War on Central America has been widely examined, less attention has been paid to the influence that Central America had on the international system during the 1980s. Using a diplomatic and international relations history perspective, this article focuses on the impact of the Sandinista Revolution on the Cold War and the inter-American system based on a critical review of the recent historiography. Its objective is to propose a new reading of the Sandinista Revolution's impacts across different analytic and geographic levels. By situating the Sandinista Revolution as the axis and nexus of crucial processes of political and social transformation during the 1980s, we seek to highlight the importance of studying ostensibly minor actors in the Cold War and demonstrate their disproportionate influence in the international system.

KEYWORDS: Sandinista Revolution; Nicaragua; Inter-American Cold War.

O impacto da Revolução Sandinista na Guerra Fria Interamericana

109

RESUMO: Embora o impacto da Guerra Fria na América Central tenha sido amplamente estudado, menos atenção tem sido dada à influência que América Central teve no sistema internacional durante a década de 1980. Este artigo se concentra no impacto da Revolução Sandinista na Guerra Fria e no sistema interamericano com base em uma revisão crítica da historiografia recente e dos estudos contemporâneos da Guerra Fria. O objetivo deste artigo é propor uma nova leitura sobre o impacto da Revolução Sandinista em diferentes níveis analíticos e geográficos. Ao colocar a revolução como eixo e nexos de processos cruciais de transformação política e social durante a década de 1980, procuramos destacar a importância do estudo de atores supostamente menores durante a Guerra Fria e expor a sua influência desproporcional no sistema internacional.

PALAVRAS-CHAVE: Revolução Sandinista; Nicarágua; Guerra Fria interamericana.